



FILOSOFÍA Y CIENCIA DESDE POLO

Juan A. García González. Universidad de Málaga

A mí me corresponde, en esta jornada, exponer la posición de Leonardo Polo acerca de la relación entre ciencia y filosofía. Pero, propiamente, no voy a cumplir con este cometido; pues lo que quiero es exponer una idea personal, que incluso aún no he terminado de pensar, acerca de la relación de fundamentación que guarda la filosofía para con la ciencia. O, más exactamente, no toda la filosofía, sino aquella que se llamó filosofía primera: la metafísica. Como las ciencias no son la ciencia, así tampoco las filosofías son la filosofía; en particular, sabemos que Polo distingue la metafísica de la antropología. Y aquí, esa relación de fundamentación de la que hablaré, remite sólo a lo que se conoce como metafísica; y ni siquiera a toda ella, sino principalmente a la ontología predicamental.

Sí diré que Polo es muy amigo de la ciencia. En su obra no se advierten críticas al quehacer científico, sino un uso abundante de nuestros conocimientos científicos. Pienso en *La cibernética como lógica de la vida*, que es el título de uno de sus artículos^[8]; en la exposición de la teoría de la evolución de los organismos para introducir el estudio de la ética como organización del tiempo humano en su *Ética*^[9]. Como también en los estudios de Polo sobre la mecánica de Newton (en concreto sobre el problema del tercer cuerpo, del que antes nos han hablado); sus alusiones a la noción de campo, a las matemáticas no lineales, etc. Juan Arana nos acaba de contar cómo le pidió Polo, en una estancia en Sevilla, un buen libro sobre neurociencia. A Polo le gusta conocer todo aquello de cuanto la ciencia nos informa.

Y, sin embargo, la ciencia la alcanza el hombre con el ejercicio de sus diversas operaciones intelectuales, las que Polo ha distinguido en su *Curso de teoría del conocimiento*^[10]. Y sucede que todas las operaciones intelectuales están sometidas al límite mental: el límite precisamente es la operación, mientras que su abandono requiere hábitos intelectuales, adquiridos o innatos. Y para la filosofía, en cambio, Polo propone como método -un método pluridimensional- el abandono del límite mental. En esta medida, la filosofía se

distingue y separa de la ciencia, como el abandono respecto del límite que se abandona. En contra de la tesis que aquí se ha mantenido, según Polo habría que distinguir filosofía y ciencia; incluso aunque concediéramos a ésta el rango de una filosofía segunda, englobada en el ámbito del humano deseo de saber.

Dado el breve tiempo de que dispongo, y para no alargar más esta sesión y dar paso al coloquio, me limitaré ahora ya a señalar la relación de fundamentación –la exclusiva relación de fundamentación- que, en mi opinión, tiene la filosofía con respecto a las ciencias; y lo haré con base en unos ejemplos. Ya digo, de todas las maneras, que ésta es una aportación mía; no estrictamente poliana, aunque sí sigue su inspiración. Son sólo dos ejemplos.

El primero es el lenguaje hablado. Hablar se basa en la capacidad fonética del hombre: que dispone de un sistema respiratorio, inspiración y expiración; una tráquea, una glotis y unas cuerdas vocales; una lengua, que en ocasiones fricciona con los dientes y en otras con el paladar; etc. Los médicos, en particular otorrinolaringólogos, y logopedas se ocupan del funcionamiento de esa capacidad del hombre. Algo completamente distinto del contenido de lo que se dice: uno puede usar su capacidad locutiva para rezar, chillar, declamar poesías, maldecir o pronunciar una conferencia. Todo esto, claro, si aquella capacidad no falla. Esta capacidad es entonces el fundamento del discurso; que permite luego una diversidad de contenidos, enteramente al margen de ella.

El segundo ejemplo es la televisión. Se trata de un invento, un artificio, que permite capturar y codificar una escena, imagen y sonido, para enviarla después a través de ondas; y finalmente recibirla y reproducirla en un receptor de televisión. De este proceso se ocupa seguramente la ingeniería electrónica, o de telecomunicaciones. Pero con estricta independencia de los contenidos televisivos; pues quizá se emita una película, un documental, un concurso o un anuncio. Todo ello posible sólo si funciona la televisión, y al margen de cómo sea este funcionamiento.

Pues resulta que la inteligencia humana depende, al menos para empezar a actuar, de la información que el universo le suministra; de la experiencia nace la ciencia: nuestro conocimiento intelectual empieza por la abstracción. Decimos que la inteligencia depende de los sentidos, y los sentidos –como el entero cuerpo humano- están también en el universo, y se activan cuando les llega una información del exterior. A partir de la información recibida, el hombre es capaz de lograr saber mucho: experimenta, correlaciona unas cosas con otras, busca cómo entender lo que sucede ahí delante; y elabora ciencias de todo género. Pero todo ello es posible porque hay un universo que proporciona información al hombre; y, claro está, porque existe el hombre: que es capaz de captarla y de abstraerla, de enterarse de ella. Las noticias recibidas pueden informar de cosas muy heterogéneas, como múltiple y diverso es el saber humano, como múltiple y diversa es la realidad misma; pero siempre sobre la base de una transmisión de

información sin la cual la inteligencia humana es incapaz de comenzar a actuar. El universo físico son estos procesos externos de información, a partir de los cuales la inteligencia humana capta noticias y genera las ciencias.

Pues entonces, habrá un saber, como la ingeniería en el caso de la televisión o la logopedia en el caso del lenguaje, que atiende al universo como principio del saber humano; será un saber sobre lo fundamental, básico y primario: sobre el funcionamiento de nuestro conocimiento en cuanto posibilitado por unos previos procesos de información; y será un saber un tanto al margen del contenido de esa misma información. Y ese saber es al que Polo llama física de causas; y que a mí me parece que es el primitivo sentido que tuvo la metafísica, y al que hoy denominaríamos ontología predicamental.

Las ciencias, desde este punto de vista, son autónomas con respecto a la metafísica. Se desarrollan de acuerdo con la capacidad de la inteligencia humana; y de ese desarrollo deriva el progreso técnico, al que estamos tan agradecidos. Cuando las cosas van bien, la inteligencia humana hace avanzar ciencia y técnica sin demasiados problemas. Sólo cuando hay una crisis -debida a los factores que sean-, una crisis de fundamentos, como cuando uno pierde el habla, sólo entonces se acude a la metafísica como se acude al logopeda: para ver si el conocimiento funciona y cómo lo hace, si le llega información o marcha a la deriva; para averiguar si nuestro conocimiento está basado en la realidad o no. Y entonces viene la filosofía en ayuda de la ciencia, a recordarle que la realidad extramental, que permite el pensamiento de los hombres, no se identifica en cambio con él; sino que es tan sólo el principio, la causa de la información a partir de la que se despliega el saber humano.

No diré más: elaboren ustedes los ejemplos. Con todo, si haré una última precisión. No digo que la filosofía se reduzca a un arbitraje sobre el conocimiento mismo, y luego las ciencias a desarrollar lo que de hecho conocemos. Esta es una postura muy propia de alguna filosofía de la ciencia contemporánea, y de raíz obviamente kantiana. No digo eso, porque el funcionamiento de nuestro conocimiento, en cuanto que tiene un antecedente previo, requiere de la realidad extramental, del valor causal de la información. Esto, y no una mera crítica del conocimiento, es lo que estudia la ontología predicamental; aunque, naturalmente, no pueda hacerlo ignorando la propia actividad cognoscitiva. En efecto, la causalidad extramental se conoce, se torna explícita -según lo dice Polo-, en pugna con la operación mental.

^[8] *Studia poliana* Pamplona 4 (2002) 9-17.

^[9] *Ética: hacia una versión moderna de los temas clásicos*. México DF [México]: Universidad Panamericana/Publicaciones Cruz O., 1993.

^[10] 4 vv. Eunsa, Pamplona 1984-1996.